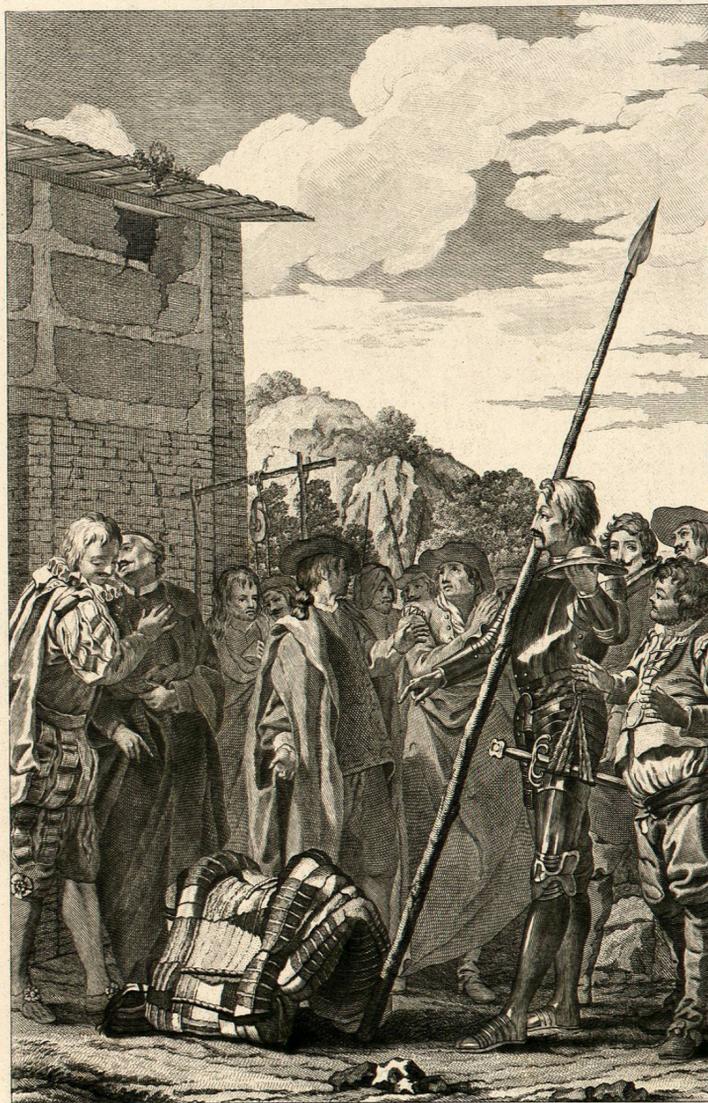


bien; y, tomando por la mano á Don Luis, le apartó á una parte, y le preguntó, qué venida habia sido aquella. Y, en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta; y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los ajenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños; y así, le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado, para poder socorrerle, que á Don Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: "Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera." Á lo cual respondió Don Quijote, muy de espacio y con mucha flema: "Fermosa doncella, no há lugar por ahora vuestra petición, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas, lo que yo podré hacer, por serviros, es lo que ahora diré: corred, y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita; que, si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della.—¡Pecadora de mí! dijo á esto Maritornes, que estaba delante: primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo.—Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quijote; que, como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré, á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó, por lo menos, os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis mas que medianamente satisfechas;" y, sin decir mas, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La princesa se la dió de buen talante, y él luego, embrazando su adarga y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traian los dos huéspedes á maltraer al ventero; pero, así como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decian que en qué se detenía, que socorriese á su señor y marido.—Deténgome, dijo Don Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza." Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre. Pero dejémosle aquí, que no faltará quién le socorra,

ó, si no, sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le prometen, y volvámonos atrás cincuenta pasos, á ver qué fué lo que Don Luis respondió al oidor, que le dejamos aparte preguntándole la causa de su venida á pié y de tan vil traje vestido: á lo cual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y, derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo: "Señor mio, yo no sé deciros otra cosa sino que, desde el punto que quiso el cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viese á mi señora Doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces que, desde lejos, ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y cómo yo soy su único heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades." Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el oidor quedó en oírle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el modo y la discrecion con que Don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el qué poder tomar en tan repentino y no esperado negocio; y así, no respondió otra cosa sino que se sosesegase por entonces, y entretuviese á sus criados, que por aquel dia no le volviesen, por que se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza Don Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del oidor, que, como discreto, ya habia conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio; puesto que, si fuera posible, lo quisiera efectuar con voluntad del padre de Don Luis, del cual sabia, que pretendia hacer de título á su hijo. Ya, á esta sazón, estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues, por persuasion y buenas razones de Don Quijote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de Don Luis aguardaban el fin de la plática del oidor y la resolucion de su amo, cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quien Don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; el cual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda; y, así como la vió, la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: "¡Ah don ladron, que aquí os tengo! venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robastes!" Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano

asió de la albarda, y con la otra dió un mojicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda; antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: "¡Aquí del Rey y de la justicia! que, sobre cobrar mi hacienda, me quiere matar este ladron salteador de caminos.—Mentís, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quijote estos despojos." Ya estaba Don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la orden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: "Señores, así esta albarda es mia como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si no, pruébensela, y, si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame; y hay mas, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien una bacía de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo." Aquí no se pudo contener Don Quijote sin responder, y, poniéndose entre los dos, y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: "Por que vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesion: en lo del albarda no me entremeto, que, lo que en ello sabré decir, es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo: yo se la dí, y él los tomó; y, de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon si no es la ordinaria, que, como esas trasformaciones, se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo cual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía.—¡Pardiez, señor! dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez de este buen hombre albarda.—Haz lo que te mando, replicó Don Quijote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento." Sancho fué á do estaba la bacía, y la trujo; y, así como Don Quijote la vió, la tomó en las manos, y dijo: "Miren vuestras mercedes, con qué cara podrá decir este escudero que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro, por la orden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna.—En eso no hay duda, dijo á esta sazón Sancho; porque, desde que mi señor le ganó, hasta ahora, no ha hecho con él mas de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados; y, si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.—

Lám. 13.



Joseph del Castillo la invención y dibujo.

Juanín Ballaster la grabó.